

La actitud propia del hombre de estos tiempos, mejor dicho, del hombre de estos días, debiera ser cualquiera de esas actitudes por medio de las que la mímica ha establecido la manera muda de expresar el asombro.

Para responder á la serie de prodigios que unos tras otros vienen á sublevar, digámoslo así, nuestra frágil admiración, debiéramos pasar las veinticuatro horas del día con los brazos caídos y la boca abierta.

Y no habría manera de abandonar esa actitud, por la rapidez con que pasa delante de nuestros ojos esta serie inagotable de maravillas que diariamente devoramos.

Pero aquí todo pasa pronto.

Por eso las cosas y las gentes que no pueden pasar en ninguna parte, se vienen á Madrid, y aquí pasan.



¿ QUÉ HAY ?

ESTA es la pregunta que se escapa de todos los labios, y que ha venido á constituir la fórmula precisa de todo saludo.

El hombre más sabio no tiene inconveniente en descubrir toda la profundidad de su ignorancia, preguntando incesantemente : « ¿ Qué hay ? »

Esta pregunta, en virtud de una multiplicación prodigiosa, está á un mismo tiempo en todas partes.

Es más : cuando no hay á quién dirigirla, ó cuando nadie contesta á ella, el hombre menos reflexivo se detiene delante de sí mismo, preguntándose : « ¿ Qué habrá ? »

Parece que ha llegado el momento de señalar la altura común de los conocimientos universales que el mundo posee, y que se ha abierto el período de un examen general.

No hay manera de entrar en una casa, de acercarse á un corro, de penetrar en un café, sin que la familia, los amigos ó los circunstantes no lo rodeen á uno, encerrándole en el círculo de esta pregunta:

«V., ¿qué sabe?»

Y, en verdad, ¿qué hay que saber? ¿No lo hemos aprendido ya todo?

¿Qué extraña curiosidad es esta que se ha despertado repentinamente? ¿Qué rayo de luz ha venido á demostrarnos la obscuridad que nos rodea?

Y lo curioso es que esa pregunta no tiene más que una contestación.

¿Qué hay?

Nada.

Las conversaciones se agitan estancadas en el círculo estrecho que forman esa pregunta y esa respuesta.

Si los sucesos no fueran tan serios, se reirían de los hombres.

¿Qué hay?

En substancia, nada de particular.

En rigor, no sucede nada extraordinario.

Imaginémonos un hombre que emprende un viaje y que toma el camino que más derechamente conduce al punto adonde se dirige.

Á cada paso encuentra datos seguros de que aquel es el camino; pero este hombre, repentinamente agitado por una extraña perplejidad, se para, y pregunta: «¿Adónde voy?»

Hace muchos años que vivimos en España;

día por día se han ido tejiendo estos años delante de nuestros ojos; los hemos visto pasar uno á uno; pero hoy, de repente, como acometidos de una duda terrible, nos preguntamos unos á otros con inquietud profunda:

«¿Dónde estamos?»

Descendiendo al fondo de esa pregunta, se encuentra la respuesta.

«¿Dónde estamos?», es una duda que afirma, una interrogación que contesta, una sombra que nos alumbra.

Lo mismo decimos preguntando: «¿dónde estamos?», que exclamando: «¡estamos perdidos!»

¿Qué hay?

La cosa más natural del mundo, la más precisa para el orden de todas las cosas.

Hay lógica, esto es, hay lo que era imposible que no hubiera.

Hay esa sucesión de gotas de agua que llenan el vaso.

Hay lo que ha habido siempre, lo que habrá eternamente.

Eternamente el mal será mal, sin que haya química posible que lo convierta en bien.

Hay orden; ese orden profundo que los hombres no pueden alterar; ese orden que ha puesto la muerte al fin de la vida como una consecuencia inexorable.

Hay lo que hemos hecho.

Se reúnen todas las circunstancias necesarias

para que una cosa suceda ; se combinan todos los pormenores indispensables para que un hecho se realice ; tejemos uno á uno y poco á poco todos los hilos de la trama ; pero cuando la cosa sucede , el hecho se realiza , el tejido se muestra , preguntamos llenos de asombro : « ¡ Qué es esto ! »

Cogemos un fusil , lo cargamos hasta la boca , lo disparamos , y la detonación nos llena de espanto y de sorpresa.

« ¿ Qué hay ? » , preguntamos llenos de afán , llenos de inquietud , precisamente cuando hay menos que nunca , cuando no hay nada , nada , porque parece que todo se ha perdido.

Un escritor muy notable , más conocido por lo que podía escribir que por lo que escribe , dice que en los primeros días del diluvio debió andar la gente por aquellos mundos llena de alegría.

Los más indiferentes á las prosperidades de la tierra , ó , como si dijéramos , los más extraños al bien público , no podrían menos de asomar de vez en cuando las cabezas por los agujeros de sus viviendas , y , restregándose las manos , exclamar : « ¡ Qué buena cosecha vamos á tener este año ! »

Eran gentes ignorantes , y no pudieron pensar que aquellas que veían caer como un beneficio , eran las primeras aguas del diluvio en que se había de anegar la tierra.

Debe presumirse que algunos días después cambiaran de opinión , pues no debieron tardar mucho en encontrarse con el agua al cuello.

No es posible que después de tantos siglos nos encontremos nosotros ahora en una situación idéntica ; pero la verdad es que hace mucho tiempo que andamos por el mundo restregándonos las manos y diciendo : « ¡ Qué buena cosecha vamos á tener este año ! »

Entretanto el agua sube y sube y sube , y parece como que ha llegado el momento de tenerla al cuello.

En vista de esto , vuelvo á mi pregunta :

— ¿ Qué hay ?

La misma pregunta exige la misma respuesta.

— Nada de particular ; lo que ha sucedido siempre , lo que no dejará de suceder nunca.

Que lo que es , es.

Que el diluvio es el diluvio.

Esto es lo que hay.

Ya sé yo que esa respuesta no puede satisfacer la minuciosa curiosidad de las gentes que se deshacen preguntando : « ¿ qué hay ? » ; pero esa pregunta , ¿ tiene acaso otra respuesta ?

En resumen :

— ¿ Qué hay ?

— Nada.

— ¿ Qué se sabe ?

Todo.

— ¿ Dónde estamos ?

Donde debemos estar , porque no podíamos estar en otra parte.





CONCLUSION

I.

EN 1867, movido mi ánimo por el esplendor de los grandes sucesos, cogí la pluma y escribí estos rápidos renglones :

« Todo el mundo va á la Exposición de París.
Este es el gran asunto de estos días.
¿ Qué es la Exposición de París?
Por de pronto, es el tema obligado de todas las conversaciones, el objeto de la admiración universal, y el punto donde se ha dado cita el dinero del mundo para reunirse allí como en un gran bolsillo.
Mirado el caso desde el punto de vista de lo *positivo*, es un gran negocio que hace París.
Elevando un poco la consideración sobre la pequeñez de esos miles de millones de francos que acuden de todas partes para reunirse en París y circular por todas la venas del Imperio, la Exposición

es el resultado maravilloso de todas las fuerzas intelectuales, aplicadas con singular empeño á la perfección de la materia.

Digámoslo con franqueza: la Exposición de París es el gran milagro del poder humano.

El hombre, sintiendo su corazón inflamado por el fuego de la soberbia, puede decir:

«He aquí mi obra.»

La materia, dócil, se ha sometido como una esclava á todos sus caprichos.

Parece que el hombre, infundiendo en ella su propia inteligencia, le ha comunicado su voluntad, su vida y su alma.

¡Qué perfección en todas las obras!

Las máquinas parecen seres animados que tejen, que hilan, que doman el hierro, que ablandan el acero, que endurecen el barro.

La naturaleza, avergonzada, se esconde en las soledades de los bosques, en el seno de las ásperas montañas, ante la grandeza de las obras que salen de las manos del hombre.

Hace dos meses que París se abre á los ojos del mundo, como el universo que el hombre mismo se ha creado.

Allí están en exposición admirable todos los adelantos de la civilización; esto es, los mármoles más ricos del mundo, los cristales más prodigiosos, el bronce más inteligente, el acero más fino, las telas más caprichosas; la materia, en fin, multiplicada por innumerables formas.

Allí está, por último, abierto á la admiración de las gentes y al asombro de los pueblos, el paraíso del hombre moderno; esto es, la gran tienda, el gran bazar, el gran mercado.

Á ese templo acuden los poderosos de la tierra á adorarse á sí mismos.

Allí acude el hombre á adorar al hombre, *criador* de todas aquellas cosas.

El oro, expresión sublime de aquella materia regenerada, circula por allí como el pensamiento de todas aquellas cosas, como la sangre de aquel cuerpo, como el espíritu animador de aquella materia.»

II.

«Detrás de París está Roma, como detrás del reflejo está la luz, como detrás del movimiento está la vida, como está el cielo detrás de las nubes.

¡Roma! ¿Qué nos importa Roma en estos momentos en que brilla París iluminado por todas las luces del siglo, por todas las antorchas del esplendor humano?

¿Qué nos importa ese venerable anciano, indefenso en medio de tantos enemigos, abandonado de todos los poderes de la tierra?

¿Quién es ese Rey sin poderosos ejércitos, sin formidables escuadras, sin tener siquiera un fusil de aguja ni un cañón rayado?

¿En qué funda su derecho?

¿Quién lo defiende? ¿Quién lo ampara? ¿Quién lo sostiene?

¿Por qué, siendo el más débil de los Reyes, es el más poderoso de los hombres?

¡Todos contra él, «y él sobre todos»!

¿No es esto un absurdo? ¿No repugna esto á nuestra razón soberana?

¡Roma! ¿Qué es Roma?

Un templo levantado sobre las ruinas del Imperio más grande de la tierra.

¿Quiere decir esto que no prevalecerá contra el ningún poder humano?

¡Roma! Y, ¿qué hay en Roma?

La fiesta de un aniversario.

La voz de diez y nueve siglos que se levanta hoy más fervorosa que nunca á bendecir el día de la redención del hombre.»

III.

«¡Qué coincidencia! Mientras la voz estrepitosa del industrialismo moderno cita á todas las naciones del mundo á presenciar el asombroso espectáculo de la Exposición de París, la voz solemne de la Iglesia católica convoca á todo el orbe cristiano á que presencie en la Ciudad Eterna las augustas fiestas del Centenar de San Pedro.

Los príncipes de la tierra corren en fastuoso tropel á derramar en corrientes de oro el humo de sus grandezas ante el altar de la soberbia Babilonia.

Los príncipes de la Iglesia acuden presurosos de todas las partes del mundo á rendir el humilde homenaje de su fe ante la Cátedra de donde sale la voz de toda verdad, de toda virtud, de toda ciencia.

¡Á París!, grita la civilización moderna.

¡Á Roma!, exclama la civilización verdadera.

Á París, á adorar con el fervor de todos los placeres y de todos los faustos al hombre hecho dios.

Á Roma, á doblar humildemente la cabeza ante el sublime misterio del Dios hecho Hombre.

París, en estos momentos, es el asombro del mundo; Roma, en estos instantes, es el consuelo de la tierra.

¡Qué coincidencia en estas dos fiestas!

La fiesta de la tierra y la fiesta del cielo.

La fiesta de la soberbia humana y la fiesta de la humildad divina.

París: he ahí al hombre.

Roma: he ahí á Dios.

La Industria y la Fe.

La fiesta de la civilización moderna y la fiesta de la civilización eterna.»

Á los cuatro años, esto es, en Septiembre de 1870, al formar la colección de estos apuntes apresuradamente anotados, nos encontramos á Francia arrollada por Prusia en una campaña de veinte días; vencida, humillada, sin sangre, sin dinero y sin honra, y Roma, siempre amenazada, existe todavía: ha caído el Imperio en medio del más es-

pantoso desastre, y Roma, abandonada al odio de todos sus enemigos, todavía vive: para Francia no hay esperanza; Roma aún espera.

Francia...., ¡qué castigo!.... Roma...., ¡qué milagro!....

La soberbia Francia...., ¡qué ignominia!.... La humilde Roma...., ¡qué milagro!....

Napoleón III avergüenza.... Pío IX admira.

Desde el principio del mundo el cielo estuvo sobre la tierra, la Fe sobre la razón, Dios sobre el hombre.

Nueve años después, al hacer una nueva edición de estos libros, nos encontramos con que Cavour desapareció, Napoleón III no existe y Víctor Manuel ha muerto. Pío IX traspasó los límites de la ancianidad para sobrevivirlos; se los llevó delante, como el vencedor que arrolla á sus enemigos.

Roma cayó al fin bajo el poder del Piamonte; pero el Papa vive: detrás de Francia está la anarquía, detrás de Italia la república; detrás de Pío IX estaba León XIII.

Volvamos á decirlo :

Desde el principio del mundo el cielo estuvo sobre la tierra, la Fe sobre la razón, Dios sobre el hombre.



COSAS DEL DÍA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO